

Hacia una macroeconomía para las economías periféricas

Sergio W. Sosa Barajas

La macroeconomía ha tendido una trampa a los *hacedores* de política económica de América Latina. Éstos aplican paquetes de política que tienen como base alguno de los macromodelos teóricos convencionales y, más temprano o más tarde, el resultado invariablemente es un fracaso. Tales fracasos se explican, entre otras cosas, por el hecho de que los modelos macroeconómicos en los cuales se inspiran han sido elaborados pensando en las economías centrales (EC), las cuales tienen características muy diferentes a las economías periféricas (EP). La experiencia ha demostrado, en más de una ocasión, que aplicar a una EP una política económica basada en un modelo elaborado para una EC tiene resultados desastrosos.

En este contexto se ubican los fracasos económicos que han tenido lugar, si bien en diferentes épocas, en la mayor parte de los países de América Latina, dentro de los cuales, la reciente crisis argentina representa solamente uno caso ejemplificador.

En la primera parte de este trabajo se hace una reflexión sobre las características fundamentales de los modelos macroeconómicos convencionales y la no pertinencia de

aplicarlos a las EP. Pero como lo que finalmente importa es realizar una aproximación a la macroeconomía de las EP, en la segunda parte se construye un modelo macroeconómico para este tipo de países.

PRIMER PARTE: LOS MODELOS MACOECONÓMICOS

Los modelos macroeconómicos convencionales se dividen en dos grandes vertientes teóricas: la neoclásica y la keynesiana.¹ Los modelos de corte neoclásico van desde los prekeynesianos hasta los más recientes de expectativas racionales, pasando por la síntesis neoclásica y el monetarismo. Por su parte, los modelos keynesianos se refieren no sólo a las ideas originales de Keynes y de sus seguidores, sino que incluyen también la teoría de Kalecki y, más recientemente, las

¹ En la macroeconomía no existen modelos verdaderamente clásicos asociados a la teoría de Adam Smith o David Ricardo, ni modelos marxistas. En realidad, la macroeconomía ha sido desarrollada exclusivamente por los neoclásicos y los keynesianos. Tal hecho simplifica enormemente la reflexión.

teorías asociadas a los llamados nuevos keynesianos. Ninguna de estas dos grandes vertientes teóricas resulta adecuada para las EP.

Los modelos neoclásicos están contruidos sobre bases muy generales. Tan generales que difícilmente reflejan la compleja realidad de las economías latinoamericanas. En realidad, en virtud de que los países centrales han sido los pioneros en el desarrollo de la teoría económica, y ésta ha tomado generalmente como referencia empírica a aquellos países, han establecido principios extremadamente generales, casi podría decirse que se trata de principios filosóficos, para el estudio de la economía. En este grupo de principios generales figuran sobre todo los supuestos, pero también las bases fundacionales de la teoría.

La teoría económica evolucionó de los modelos que suponen la competencia perfecta hasta los que introducen la competencia imperfecta, suponiendo la presencia de monopolio u oligopolio. Pero el establecer como supuesto fundamental la competencia perfecta reduce extraordinariamente el ámbito de validez de la teoría neoclásica. Se trata de un supuesto tan restrictivo que ni siquiera es susceptible de incorporar el estudio de la economía contemporánea, en la medida que ésta es una economía primordialmente monopolística. Y si pensamos en las EP, donde no sólo opera el monopolio, sino que éste coexiste con formas arcaicas de producción, la teoría neoclásica resulta aún más alejada de la realidad.

Entre los principios fundacionales de la teoría neoclásica que, si bien tienen una gran importancia para el estudio y comprensión del capitalismo en general, pero que muy poco o nada dicen respecto del

funcionamiento de las EP, figura la teoría del consumidor. En realidad, nada más alejado de los problemas cruciales de las EP, que esta teoría: nada tiene qué decir en relación con los enormes niveles de pauperización y desempleo que caracterizan a las EP, ni tampoco con respecto al endeudamiento externo y al desequilibrio crónico de la balanza de pagos, ni mucho menos algo sobre la insuficiente acumulación de capital que las caracteriza.

Pero el problema es aún más grave, pues los modelos macroeconómicos de corte neoclásico han suministrado el fundamento teórico que justifica el estancamiento en el que suelen permanecer inmersas por largos períodos las economías de América Latina.

Como es sabido, en general, los modelos asociados a la teoría neoclásica establecen que el producto y el empleo no pueden incrementarse en el corto plazo. Se piensa que la economía opera a su máxima capacidad, y que cualquier intento de elevar aquéllos por encima de su nivel actual, conduce a la inestabilidad, ya sea en la esfera real o en la órbita de los precios. *Son modelos en los cuales el producto y el empleo están limitados por una capacidad instalada que se supone siempre utilizada plenamente.* En algunas versiones más recientes, no es ya la plena utilización de la capacidad instalada la que pone un techo al producto, sino la imposibilidad de elevar el empleo por encima de su nivel actual debido a problemas inflacionarios asociados ya sea a las expectativas, o bien al aumento de los costos-salarios. Pero tanto en las versiones antiguas como en las modernas, la vertiente neoclásica niega la posibilidad de que el Estado sea capaz de elevar el nivel de empleo. Bajo su óptica, el intervencionismo no

sólo no es susceptible de mejorar el nivel de empleo, sino que resulta negativo desde diversos puntos de vista.

Los modelos keynesianos, por su parte, se elaboraron para economías altamente industrializadas, en tanto que las de América Latina tienen grados de industrialización que van de incipientes a intermedios. Estos modelos keynesianos son esquemas en los cuales *el producto y el empleo están limitados por el lado de la demanda, pues se reconoce que en las economías capitalistas avanzadas la utilización plena de la capacidad instalada es más la excepción que la regla*. En ellos el Estado sí es capaz de incidir sobre los niveles de producción y empleo a través de políticas expansivas de demanda. Para ellos, no es la capacidad instalada ni las expectativas, ni una posible espiral inflacionaria, lo que impide el aumento del producto, sino los prejuicios de los economistas neoclásicos.

El problema de estos modelos, sin embargo, es que han estimulado la aplicación de políticas expansivas sin ningún esfuerzo de adaptación a las condiciones propias de las EP. En tales condiciones, dichas políticas conducen al desequilibrio interno o externo. En efecto, en este caso, a diferencia de los modelos neoclásicos, el problema no es que de la teoría emane una voluntad estancacionista, sino que las recetas de política económica sugeridas por los keynesianos para las EC, suelen aplicarse acríticamente y sin ninguna modificación en las EP.

El mito neoclásico de que el Estado es incapaz de inducir el crecimiento económico en el corto plazo, aunado a la aplicación acrítica de políticas expansivas de corte keynesiano, ha conducido a que en América Latina se tome como una verdad absoluta *el*

falso dilema entre el estancamiento y el desequilibrio. Es decir, la aplicación de políticas expansivas sin ningún esfuerzo de adaptación ha sentado un mal precedente, según el cual el activismo estatal en favor del empleo induce desequilibrios que finalmente llevan a la economía a una situación aún más crítica de aquella en la que inicialmente se encontraba. Es así como las experiencias expansivas de corte keynesiano han conducido al fortalecimiento de la predilección neoclásica por el estancamiento.

Bajo una perspectiva aún más detallada, es posible identificar cada uno de los modelos macroeconómicos convencionales a partir de sus obsesiones centrales y *constatar su lejanía teórica con respecto a las EP*. Así, por ejemplo, el denominado modelo macroeconómico “clásico” tiene como objetivo central de estudio el equilibrio general, o sea la coordinación de los agentes económicos en una economía descentralizada. Y en la medida que dicha teoría demuestra que en una economía competitiva se logra la coherencia social a través de decisiones individuales, y en consecuencia todos los mercados se vacían, su objeto fundamental de estudio lo constituye una economía en equilibrio, es decir, *una economía sin desempleo*.

Por su parte, el modelo original de Keynes tomó como base de estudio una economía en la que el desempleo ocupa un lugar relevante. En tales condiciones, la obsesión fundamental de este modelo lo constituye, en primer lugar, el estudio de las causas que conducen a que la economía se establezca en una situación de equilibrio en el mercado de bienes con desempleo en el mercado de trabajo y, en segundo lugar, la necesidad de recomendar políticas susceptibles de con-

ducir a la economía al pleno empleo. Pero como se indicó supra, Keynes basó su análisis *en una economía altamente industrializada*.

Kalecki, por su parte, desechó los supuestos irreales sobre los que descansa la macroeconomía dominante y propuso un modelo de demanda inmerso en una estructura económica semimonopólica. La obsesión fue la construcción de una teoría macroeconómica *para el capitalismo avanzado* sobre la base de los principios marxistas. Ello desembocó en lo que podríamos llamar una macroeconomía radical.

Para la interpretación oficial de Keynes, o sea para la síntesis neoclásica, la obsesión fundamental fue la convergencia de los principios neoclásicos del equilibrio automático con las innovaciones keynesianas del desempleo y del intervencionismo estatal. El resultado fue una mezcla en la que el capitalismo tuvo la culpa de las divergencias entre la teoría y la realidad: se concluyó que Keynes tenía la razón, pero sólo debido a que su objeto de estudio estaba dado por un capitalismo lleno de imperfecciones (precios fijos) y muy alejado de *aquel paraíso que siempre había sido, y debería seguir siendo, el objeto de estudio de la economía ortodoxa*.

Luego vinieron las teorías modernas.

La teoría del desequilibrio se centró en la crítica del subastador walrasiano y en el estudio de la forma que funciona el capitalismo con precios de no-equilibrio. *Los equilibrios no-walrasianos representaron la obsesión fundamental de esta teoría*.

Por su parte, el monetarismo, como su nombre lo indica, se obsesionó por las variables monetarias y, a partir de allí, se centró en la crítica a la teoría keynesiana y

en la descalificación del activismo estatal. A partir de la modificación de la curva de Phillips, esta teoría concluye que es la intervención estatal la que provoca la inestabilidad y la inflación.

Dentro de esta misma línea de análisis, la nueva macroeconomía clásica, además de construir un modelo macroeconómico sobre la base de la microeconomía neoclásica, diseñó lo que ha dado en llamarse, “la curva de Phillips ampliada con expectativas racionales”. En tales condiciones, la viejísima obsesión neoclásica se vio finalmente satisfecha: la política económica es neutral. El estado no puede intervenir en la vida económica, la cual se gobierna por sí misma. Así fue como Keynes pasó a ocupar un papel de excepción en la teoría macroeconómica [Sosa, 2001].

Finalmente, para los nuevos keynesianos lo que importa es la no total flexibilidad de los precios y lo que ello implica para la *macro*. Si Keynes estudió sin saber un capitalismo imperfecto, los nuevos keynesianos justifican y hacen explícito tal objeto de estudio.

Como se puede apreciar, *en ninguno de los modelos convencionales la obsesión está dada por el atraso económico y los problemas a él asociados*. No son teorías para el tercer mundo. No se pueden aplicar a estas realidades. Como se indicó al principio de este trabajo, la no existencia de un modelo macroeconómico generalmente aceptado para las EP explica, en gran parte, la mala situación en que se encuentran nuestras economías, así como el fracaso de las políticas puestas en práctica.

Después de tantos años de haberse basado en las teorías macroeconómicas elaboradas en los países centrales, en las EP se ha

producido una doble problemática. Por una parte, se ha desestimulado la producción teórica en este ámbito agregado. Por otra, las teorías de que se suele echar mano, que son las dominantes, rechazan toda injerencia estatal a favor del empleo. El resultado no podría ser más desalentador. En los años recientes, en la periferia el desempleo no sólo ha alcanzado niveles críticos, sino que continúa en ascenso, y los gobiernos ni se sienten capaces, ni están dispuestos, a hacer absolutamente nada para poner un freno a la desocupación.

SEGUNDA PARTE: UN MODELO MACROECONÓMICO PARA LAS ECONOMÍAS PERIFÉRICAS

En esta fase del análisis convendría intentar dar respuesta a la siguiente pregunta: ¿qué elementos se necesitarían tomar en cuenta para elaborar una macroeconomía para las EP?

En primer lugar, creemos que sería necesario establecer supuestos estrechamente relacionados con el capitalismo que prevalece “de este lado del mundo”. No más supuestos abstractos e irreales que nos remiten a un capitalismo inexistente y paradisiaco. Me refiero a supuestos no sólo realistas, sino que estén en la base del funcionamiento del capitalismo periférico.

En segundo lugar, debemos admitir que en nuestras economías el equilibrio general es una entelequia. En efecto, en una economía en la cual el equipo de capital es insuficiente para absorber a la totalidad de la fuerza de trabajo, y en la que por tanto el mercado laboral se encuentra en una situación de desequilibrio crónico, resulta por lo menos una ingenuidad pensar la economía

en términos del equilibrio general.

En tercer lugar, pero sin lugar a dudas lo más importante, es que una verdadera teoría para las EP debe ser susceptible de reflejar los principales problemas del mundo periférico y proponer un conjunto de políticas capaces de superar dicha problemática [cfr. Kalecki, 1983b]. Un contraejemplo, de nuevo, lo constituye la teoría del equilibrio general. Como se indicó *supra*, esta teoría profundiza en la forma como en el conjunto de la economía se da una coordinación económica que se concreta en el equilibrio de todos los mercados. Una teoría tal resulta sumamente sugerente para una economía competitiva, pero no es más que una ilusión en una economía periférica. Es irrelevante para nosotros. Una teoría *macro* para la periferia debería explicar las causas del estancamiento, los determinantes del desequilibrio externo, la tendencia al desempleo crónico, y proponer estrategias y políticas para la superación de esta problemática. Lo que aquí se requiere es un modelo *macro* específico del cual se derive una estrategia exitosa de desarrollo.

I. Supuestos

En las EC ha sido posible establecer supuestos relativamente universales para la construcción de modelos teóricos debido al carácter pionero que han desempeñado en el desarrollo del capitalismo. En algunos casos, el grado de universalidad ha pretendido tener tales alcances que, como se indicó arriba, algunos supuestos parecen encontrar su origen en principios filosóficos de validez atemporal más que en la cotidianidad de las actividades económicas.

Los supuestos que aquí dejaremos sentados para el análisis de las EP tienen un

carácter más modesto. Su mérito no es ni pretende ser su universalidad ni su índole filosófica, sino *su naturaleza histórica*. En efecto, en este trabajo los supuestos representan los cimientos de la construcción teórica. Por tal motivo, ellos hurgan en la génesis, la formación y el desarrollo histórico del capitalismo periférico.

Entre los aspectos que es necesario retomar del pasado destaca el origen primario-exportador de nuestras economías. En realidad, el capitalismo periférico emergió a partir de una inserción al mercado mundial basada en la exportación de productos primarios, los cuales, al tipo de cambio vigente en aquellos tiempos, disfrutaban de amplias ventajas comparativas a escala internacional. Únicamente sobre esta base fue posible iniciar el desarrollo de un sector industrial caracterizado por su atraso tecnológico en relación con las economías centrales y por un significativo rezago en términos de competitividad internacional con respecto al sector primario exportador.

En tales condiciones, el desarrollo industrial hizo necesaria la aplicación de políticas proteccionistas que, si bien jugaron un papel fundamental en el desarrollo del capitalismo periférico, dieron una conformación estructural al aparato productivo, el cual terminó por asumir un modo de funcionamiento característico a este tipo de economías. Entre las características fundamentales, destacan las siguientes:

En primer lugar, bajo las políticas de protección mencionadas, la dinámica del crecimiento asumió un carácter perverso, pues si bien la industria se erigió en el sector de mayor dinamismo, el consumo de divisas requerido por el crecimiento de este sector sobrepasó la aportación de las mismas por

parte del sector primario, cuyo dinamismo ocupó un lugar secundario. De esta manera, *la tendencia* al desequilibrio externo —que mantendremos a lo largo de todo este trabajo como un supuesto crucial— llegó a ser una de las características centrales del funcionamiento macroeconómico.

Dicho de otra manera, las EP son economías rezagadas, con aparatos productivos insuficientemente desarrollados. En tales condiciones, la generación de valor hace necesaria la importación de insumos intermedios y bienes de capital. Así, su crecimiento se caracteriza por la dependencia con respecto al exterior. En adición a esto, su capacidad exportadora es limitada, pues su mismo grado de desarrollo las caracteriza por un nivel de productividad reducido en relación con las economías maduras. Por tales motivos, *el problema central de la generación de valor y de la creación de empleos se ubica en el sector externo, el cual pone un límite al producto y determina las fases de auge y expansión de las EP* [Diamand, 1973].

En segundo lugar, al interior del sector industrial se fueron creando nuevas industrias con diferente grado de desarrollo relativo. De esta manera, industrias transnacionalizadas, poseedoras de una modernidad y eficiencia envidiables, hoy día coexisten con actividades rezagadas y aún artesanales. Este supuesto hace referencia a lo que en su momento la CEPAL denominó la “heterogeneidad estructural” [Rodríguez, 1993]. En virtud de ello, en las EP se estructuró toda una pirámide de industrias con diversos niveles de productividad.

Finalmente, la trayectoria de crecimiento intermitente descrita por estas economías en forma permanente, impidió el manteni-

miento de un ritmo de acumulación que ampliase el equipo de capital de una manera satisfactoria en relación con el crecimiento de la población. Tal hecho ha dado lugar al siguiente supuesto, el cual también mantendremos a lo largo de este trabajo: el carácter crónico, y en el corto plazo inevitable, del desempleo en las EP [Kalecki, 1983a].

II. El modelo

En los modelos keynesianos la economía enfrenta una rigidez por el lado de la oferta únicamente a partir del momento en que se encuentra operando a plena capacidad. Sólo a partir de ahí la expansión de la demanda puede tener efectos nulos sobre el empleo y negativos sobre la estabilidad de precios.

Las EP también enfrentan rigideces por el lado de la oferta, las cuales son responsables de los principales desequilibrios que encaran. No obstante, además de aquella relativa al uso pleno de la capacidad instalada, tales rigideces tienen que ver con la inelasticidad estructural de la oferta agraria y con la insuficiencia de su desarrollo industrial. En particular, esta última explica la incapacidad del sector manufacturero para producir el amplio abanico de bienes que requiere la economía. Sin embargo, todas las limitaciones por el lado de la oferta se desplazan, vía importaciones, a la órbita del comercio exterior. En estas condiciones, es el sector externo el que en última instancia determina tanto los niveles de actividad económica como la dinámica del sistema en su conjunto.² *En estas economías el creci-*

² En los momentos de máxima actividad económica, el uso de la plena capacidad no se alcanza de una manera simultánea en todas las industrias. Por tal motivo, el nivel de actividad económica podría

miento es impensable sin la participación del sector externo. Es por ello que comenzaremos con un análisis de éste, si bien en términos extremadamente simplificados.

a). El mercado de divisas

Estableceremos el supuesto simplificador de que los únicos flujos de divisas relacionados con la economía de que se trata son aquellos asociados a las compras y ventas de bienes al exterior. Es decir, haremos caso omiso de los flujos de divisas registrados en las balanzas de servicios y de capitales. Bajo tal supuesto, la Gráfica I muestra la forma de las funciones de oferta y demanda de divisas, O_d y D_d , respectivamente. Éstas, en arreglo a la simplicidad, se hacen depender exclusivamente del tipo de cambio TC (pesos por dólar). Es decir:

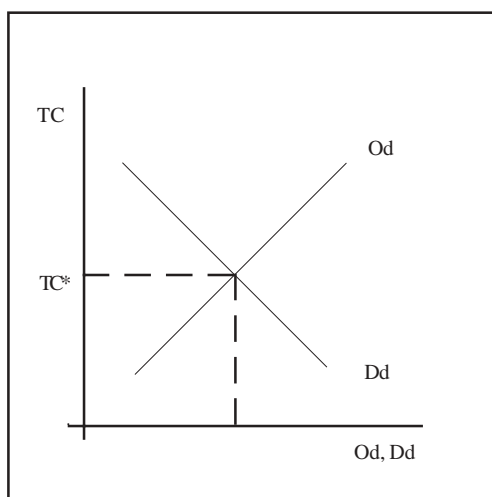
$$\begin{aligned} D_d &= D_d(TC); & f' < 0 \\ O_d &= O_d(TC); & f' > 0 \end{aligned}$$

Lo anterior no significa que las compras y ventas al exterior no dependan de otras variables, las cuales, por lo demás, pueden tener una importancia aún mayor que el tipo de cambio. Para efectos de no perder de vista las demás variables asumiremos que, en la gráfica que se está analizando, ellas influyen sobre las funciones a través de

continuar aumentando de una manera equilibrada, siempre y cuando la capacidad para importar fuese suficientemente flexible, lo cual, por lo demás, resulta francamente utópico en las EP. En efecto, por lo general en éstas el auge toca techo mucho antes de que se sature la capacidad instalada. Y ello, sobre todo por la insuficiencia de la capacidad para importar los insumos intermedios que requiere la expansión.

desplazar éstas hacia la izquierda o hacia la derecha. Así, por ejemplo, un incremento de la demanda mundial se representaría mediante un desplazamiento hacia la derecha de la curva de oferta de divisas (exportaciones).

GRÁFICA I
EL MERCADO DE DIVISAS



b). El mercado de bienes

La demanda global Y_d está formada por los componentes keynesianos tradicionales. Es decir:

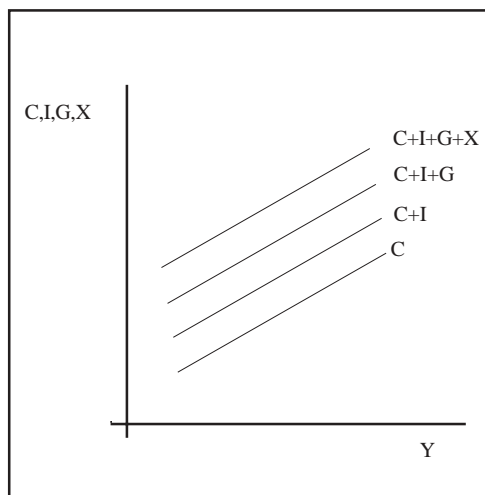
$$Y_d = C + I + G + X - M$$

donde las siglas tienen el significado acostumbrado. La gráfica II ilustra la forma de las funciones correspondientes a cada uno de los componentes de la demanda agregada [Patinkin, 1965].

De acuerdo con Keynes [1936], la oferta de bienes está determinada por las expectativas de corto y largo plazo de los empresa-

rios. Las primeras se asocian a un proceso de maximización de ganancias. Este proceso se ilustra en la gráfica III. En ella se advierte un punto de equilibrio y dos áreas (A y B) a los lados. La maximización se da en la intersección de las rectas de demanda Y_d y oferta Y .

GRÁFICA II
LOS COMPONENTES DE LA DEMANDA AGREGADA

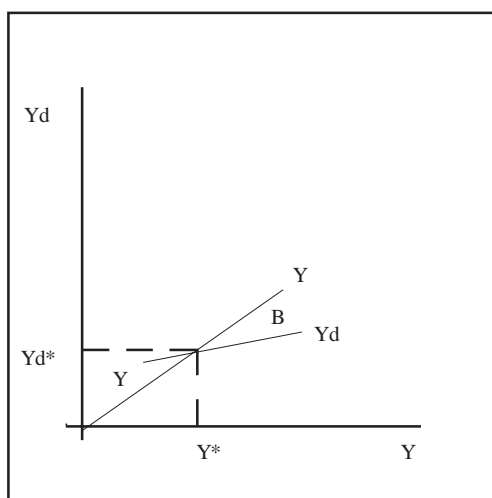


En el área A las previsiones que los empresarios tienen respecto de la demanda Y_d se ubican por abajo de ésta, por lo que la producción Y es inferior a las ventas. En tal caso, la maximización de las ganancias obliga a los empresarios a elevar la producción. Por su parte, en el área B las previsiones sobrestiman la demanda Y_d , por lo que la producción Y no se venderá en su totalidad. En este caso, la maximización de las ganancias conduce a los empresarios a reducir el nivel de producción. Así, en cualquiera de los dos casos los empresarios harán variar la producción a efecto de al-

canzar el punto de intersección en donde se optimizan las ganancias.

Por lo que se refiere a las expectativas de largo plazo, para Keynes la inversión I determina el nivel de demanda global y, por esta vía, el producto y el empleo. A su vez, la inversión es determinada fundamentalmente por las expectativas en torno a la tasa de ganancias (la “eficiencia marginal del capital”).

GRÁFICA III
EL PROCESO DE MAXIMIZACIÓN
DE LAS GANANCIAS



No obstante, en las EP la inversión juega un papel más bien modesto, si no es que negativo, en el corto plazo. Dados los elevados coeficientes de importación que caracterizan al sector productor de bienes de capital, la demanda de inversión se filtra hacia el exterior, en donde tiene un impacto productivo significativo, pero al interior del país su influencia se limita a desequilibrar la balanza de pagos. Por supuesto que mien-

tras más elevado sea el grado de desarrollo de un país, *el efecto-ingreso* de la inversión se eleva, en tanto que *el efecto-divisas* se reduce. No obstante, en general en las EP la inversión no constituye todavía el motor del crecimiento en el corto plazo.

El verdadero motor del crecimiento equilibrado se ubica en el comercio exterior (X y M), pues al igual que la inversión I , el consumo C y el gasto público G encuentran como techo el déficit externo.

c). El mercado de trabajo

El mercado de trabajo está segmentado. En el mercado formal la demanda de trabajo está determinada por el volumen de la producción y por la tecnología a ella asociada. La oferta de empleo, por su parte, es prácticamente ilimitada a un salario creciente. Como se puede apreciar en la parte superior de la gráfica IV, el nivel de producto Y_1 , dada una cierta productividad del trabajo π , determina la demanda de empleo DL_1 en el mercado formal. Por su parte, en la ilustración inferior izquierda se advierte la manera en que esta demanda de empleo DL_1 se cruza con la recta de oferta OL de empleo, la cual es una función creciente respecto de los salarios reales wr .

El cruce de la demanda de empleo DL_1 con la oferta de ocupación OL se ubica al nivel en que los salarios reales wr son iguales a cero. No obstante, dada la excesiva magnitud de la oferta de mano de obra (“ilimitada”) en relación con la demanda, se hace necesaria la existencia del *mercado de trabajo informal*, el cual se ilustra en la figura inferior derecha de la gráfica IV. Éste representa una posibilidad para no morir de hambre por parte de la fuerza de trabajo que no encuentra cabida en el mercado formal.

En el mercado informal el salario real vigente es *el salario clásico de subsistencia* wr/s [Lewis, 1954]. La función de este mercado consiste precisamente en establecer este nivel mínimo para los salarios reales. Así, pese a que al nivel en el cual la demanda de empleo DL_1 se iguala la oferta de empleo OL corresponde a un salario real “virtual” nulo, el salario real efectivamente pagado es aquel de subsistencia wr/s .

En las etapas en que la economía vive un auge relativo, la mano de obra se desplaza del mercado informal al formal en busca de

una mejoría en sus ingresos. De acuerdo con esto, si el producto global se eleva a Y_2 en la ilustración superior de la gráfica **IV**, la demanda de empleo se incrementa a DL_2 . En tales condiciones, dada la función de oferta de empleo OL en la ilustración inferior izquierda de la gráfica, los salarios reales del sector formal aumentarían a wr^* . Por su parte, en épocas de recesión la mano de obra se refugia en el mercado informal, lo que tiene efectos opuestos a los que se acaban de describir, ubicándose el salario en su nivel de subsistencia wr/s .

GRÁFICA IV
EL MERCADO DE TRABAJO



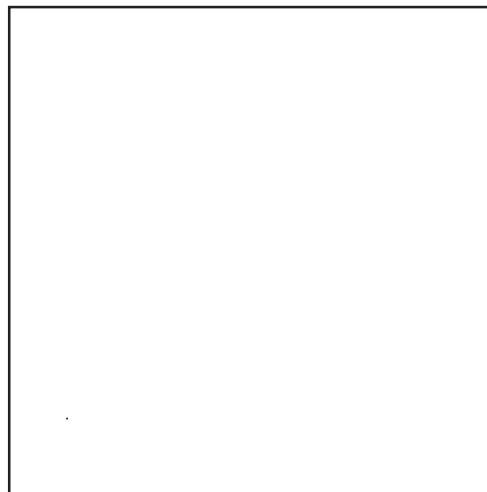
Pese a las fluctuaciones de la actividad económica, en el mercado informal de trabajo el salario permanece siempre al nivel de subsistencia, el cual representa el mínimo a pagar en el mercado formal de empleo. Así, en la ilustración inferior derecha de la gráfica IV se aprecia la manera en que el salario real se mantiene al nivel de subsistencia en el mercado informal de trabajo tanto en las épocas de auge como en las de depresión. Esto es así porque cuando la fuerza de trabajo emigra al sector formal, disminuye la oferta de trabajo en el mercado informal (la función de oferta de trabajo en el sector informal OLi se desplaza hacia la izquierda hasta OLi'), pero al mismo tiempo se reduce la demanda (la recta DLi se desplaza hacia la izquierda hasta DLi'), pues también los empleadores en este sector pasan a formar parte de la fuerza de trabajo en el sector formal. Así, las variaciones en la oferta y en la demanda se compensan, y el salario de subsistencia se mantiene estacionario. Resultado igual se obtiene en las épocas de depresión.³

d). El mercado de dinero

Como se aprecia en la gráfica V, en el mercado de dinero la intersección de la masa monetaria MM con la demanda de

dinero Md determina la tasa de interés i .

GRÁFICA V
EL MERCADO DE DINERO



III. El desequilibrio y la estabilidad

Las EP se hallan inmersas en un estado de permanente desequilibrio. Este desequilibrio, sin embargo, es de una índole diferente al estudiado por Clower [1965] y Leijnonhufvud [1966].⁴ En realidad, tal desequilibrio no tiene su origen en un eventual *intercambio a precios falsos*, como lo postula la teoría asociada a dichos autores.

a). El desequilibrio estructural

El desequilibrio de las EP se explica exclusivamente por una restricción de cantidades. Se trata de un desequilibrio asociado a *las desproporcionalidades estructurales*. A manera de ejemplo, conviene tener pre-

³ En realidad, muchos de los trabajadores que emigran al mercado informal en épocas de depresión (y que se desplazan de éste al mercado formal en el auge) son comerciantes individuales, autoempleados, o sea empleados y empleadores a la vez, por lo que simultáneamente crean (cancelan) la demanda y la oferta de su propio trabajo. Esto, con independencia de que, incluso los empleadores del sector informal que tienen a su cargo varios trabajadores, emigran al mercado formal de ocupación en épocas de auge, y a la inversa.

⁴ Véase también Benassy [1986].

sente que, independientemente del nivel de producción, el mercado de trabajo siempre, invariablemente, se encuentra en una situación de desequilibrio (no se vacía nunca, pese a la existencia del mercado informal). De tal hecho se desprende que, sea cual fuere la tasa de salarios, la economía no llega jamás al equilibrio general. Como puede apreciarse, el desequilibrio se explica *por la desproporción* de la oferta de trabajo en comparación con una producción comparativamente exigua que determina la demanda de mano de obra.

Lo anterior significa que, si bien *matemáticamente existe* un vector de precios que de manera abstracta hace posible el equilibrio general de las EP, tal vector *es inasequible* en términos prácticos. En este tipo de economías las incompatibilidades entre la oferta y la demanda plantean permanentemente la insoslayable necesidad del *rationamiento* a los agentes económicos como forma de vida habitual.

Como se decía arriba, dada la escasa formación de capital en estas economías, el mercado de trabajo se encuentra permanentemente en un “equilibrio a bajo nivel” [Hirschman, 1985]. El empleo está racionado debido a una demanda de empleo insuficiente.

Por su parte, en el mercado de productos la escasa diversificación del aparato productivo impone el racionamiento en cuanto a los bienes de origen nacional.

Asimismo, en virtud de las debilidades asociadas a la capacidad para importar, el mercado de divisas, a su vez, se halla en permanente situación de racionamiento, impidiendo que las compras al exterior de los bienes de capital e insumos intermedios que requiere el crecimiento sean suficientes

para sostener una tasa razonable de expansión del producto y del empleo.

Finalmente, también el crédito muestra una permanente situación de racionamiento. No sólo las tasas de interés resultan demasiado elevadas, sino además, prácticamente la totalidad de las instituciones financieras sólo otorgan crédito a las grandes corporaciones, lo que deja fuera de su universo de clientes a una infinidad de pequeñas y micro empresas.

En tales condiciones, los agentes económicos, cualquiera que sea el conjunto de precios vigente, enfrentan en forma permanente una restricción cuantitativa: ya sea en el mercado de trabajo, ya en el de bienes, ora en el de divisas o finalmente en el de dinero.

b). El desequilibrio dinámico

En adición a lo anterior, en las EP *el desequilibrio tiene un carácter “móvil”*. La economía puede mantenerse *en condiciones de estabilidad*, o sea sin variaciones en los precios que induzcan movimientos de ajuste en las cantidades, a pesar del desequilibrio en el mercado de trabajo. En realidad, el mercado informal de fuerza de trabajo funciona como un amortiguador que evita las variaciones de la tasa de salarios pese a la oferta *lewisiana* de mano de obra. Pero si bien el desequilibrio en el mercado de trabajo está siempre presente, en los periodos en que la política económica se esfuerza por disminuir la tasa de desempleo, emerge, ya sea el desequilibrio del sector externo, o bien el desequilibrio en el mercado interno (inflación). Asimismo, en el caso de estos últimos dos mercados, no bien se corrige el desequilibrio externo, se agudiza la inflación; y a la inversa, al atenuarse ésta, se agrava el déficit comercial.

Es por el anterior motivo que los neoclásicos, con el propósito de asegurar la estabilidad macroeconómica, no encuentren un recurso mejor que someter a la economía a largos periodos de estancamiento. Carentes de toda capacidad de innovación teórica que los aleje del *laissez-faire* de los libros de texto convencionales, estos economistas consideran que así como el estancamiento es estabilidad, el crecimiento necesariamente es desequilibrio.

c). Un caso típico de desequilibrio

Con el propósito de establecer un marco conceptual a través del cual pueda analizarse una situación típica del desequilibrio que suele presentarse en las EP, considérese la gráfica VI [Diamand, 1973]. En ella se muestra el nivel de *equilibrio factual* del producto agregado, Y^f , en el punto en el cual la recta de importaciones-ahorro ($M + A$) se intersecta con la de exportaciones-inversión-déficit gubernamental ($X + I + B$).

La pendiente de la recta ($M + A$) está dada por la suma de los coeficientes de importación y ahorro a producto ($M/Y + A/Y$). En consecuencia, la deducción del ahorro de la recta ($M + A$) provoca que ésta gire a la derecha sobre su propio eje hasta convertirse en la función M . Por su parte, la sustracción de la inversión y del déficit público de la recta ($X + I + B$) provoca un desplazamiento de ésta hacia abajo hasta la recta X . El punto en el cual se cruzan las rectas M y X determina el nivel de producto *compatible* con el equilibrio externo, Y^c .

La gráfica VI ilustra una situación como la que estudió Keynes en la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Pero

a diferencia de Keynes, quien se refiere a una situación de equilibrio en el mercado de bienes con desequilibrio en el mercado de trabajo, la gráfica ilustra el caso de una economía en la que el equilibrio en el mercado de bienes –garantizado por la relación $(M + A = X + I + B)$ ⁵ coexiste con una situación de desequilibrio en el mercado de cambios ($M > X$).⁶

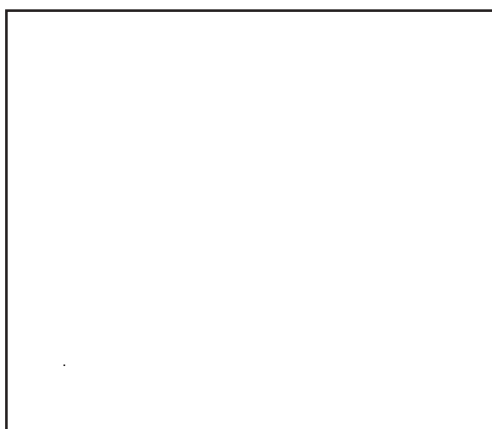
d). La estabilidad

Para los teóricos de la ortodoxia una situación tal, en la que no existen mecanismos endógenos automáticos que aseguren el equilibrio simultáneo de todos los mercados, sólo puede ser explicada por factores que impiden el libre funcionamiento de la oferta y la demanda. Así fue como Patinkin [1965] argumentó que el desempleo keynesiano se explica por factores que obstruyen la libre flexibilidad de los precios.

⁵ En realidad, esta igualdad es una forma diferente de expresar la bien conocida “condición de equilibrio” en el mercado de bienes. Como fácilmente se puede constatar, a través de un sencillo arreglo algebraico se llega a la ecuación keynesiana de la oferta y la demanda agregadas $Y = C + Y + X - M + B$.

⁶ Como se indicó arriba, en arreglo a la simplicidad en este trabajo se hace abstracción tanto del crédito externo como de los demás flujos internacionales de divisas diferentes a aquellos registrados en la balanza comercial. Bajo tal supuesto, el (des)equilibrio comercial implica necesariamente un (des)equilibrio en el mercado de cambios. Por otra parte, conviene advertir que el hecho de que al nivel del producto factual simultáneamente se cumplan las relaciones $M + A = X + I + B$ (equilibrio en el mercado de bienes) y $M > X$ (desequilibrio externo), implica necesariamente que el ahorro interno es insuficiente para financiar el gasto de inversión más el déficit gubernamental, o sea $A < I + B$.

GRÁFICA VI
UN DESEQUILIBRIO TÍPICO



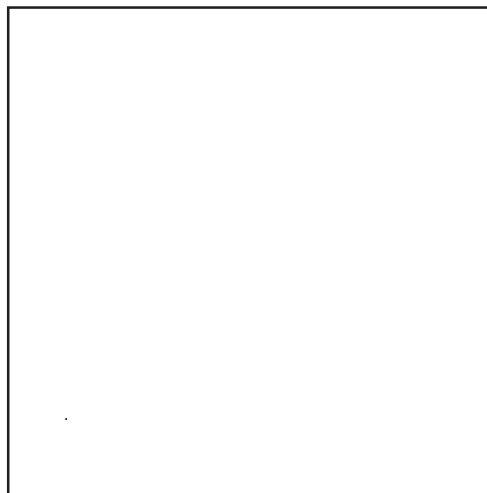
En el caso específico del desequilibrio externo al que hace referencia la gráfica VI, los economistas neoclásicos lo suelen atribuir a la rigidez del tipo de cambio asociada al intervencionismo estatal. Porque —se suele aducir— en una economía capitalista de *laissez-faire* el desequilibrio en el frente externo equivale a un exceso de demanda de divisas en el mercado de cambios, el cual ejercería un impacto devaluatorio sobre la moneda nacional. Tal proceso se muestra en la gráfica VII. En esta gráfica se aprecia la manera en que, a partir de una situación en la cual el tipo de cambio es TC_1 , el exceso de demanda de divisas, correspondiente a Dd_2 , desemboca en una elevación de aquél a TC_2 .

Como resultado de lo anterior, las exportaciones se incrementarían y las importaciones declinarían. De esta forma, siguiendo la gráfica VI, tal proceso empujaría al producto compatible Y^c hacia el producto factual Y^f .

No obstante lo anterior, conviene advertir que la existencia del supuesto servomecanismo que hace posible la igualdad entre

el producto factual y el producto compatible, que efectivamente caracteriza a las economías industrializadas, no se asegura únicamente a través del libre funcionamiento de los mercados. Para que dicho mecanismo automático de corrección opere, es necesario que se cumplan otras condiciones.

GRÁFICA VII
AJUSTE DEL MERCADO DE DIVISAS



En las EC, bajo condiciones de libre comercio, una devaluación *moderada* del tipo de cambio, en respuesta al desequilibrio externo, impulsa a la baja las importaciones y al alza las exportaciones. Ello es así en virtud de que, por una parte, tales economías han alcanzado un alto grado de diversificación y, por otra parte, a que las diferentes actividades económicas que conforman su aparato productivo operan con niveles de productividad (y costos) relativamente similares a los de sus principales competidores extranjeros. En tales circunstancias, una devaluación relativamente pe-

queña de la moneda es suficiente para fortalecer su posición competitiva, lo que da lugar a que se desate un proceso de sustitución de importaciones, así como el aumento de las ventas al exterior. Por lo tanto, la elevación del producto compatible al nivel del producto factual tiene como *precondición* no sólo el libre funcionamiento de los mercados, sino también el alto grado de diversificación de la economía y la relativa homogeneidad de sus niveles de productividad con sus competidores del exterior.

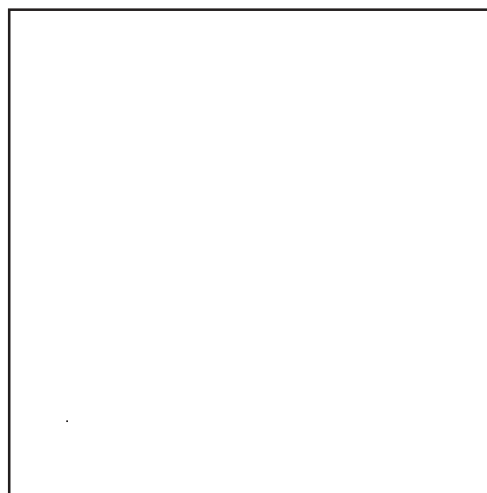
Por el contrario, los países periféricos no sólo carecen de muchas industrias al interior de sus economías, sino que además gran parte de las existentes operan con niveles de productividad muy inferiores a los internacionales debido a la etapa temprana de industrialización por la que transitan. En consecuencia, una devaluación moderada del tipo de cambio tiene efectos poco perceptibles sobre su déficit comercial. El problema, sin embargo, consiste en que *una devaluación pronunciada*, pese a que de manera inmediata sí induce una elevación de las exportaciones y una contracción de las compras al exterior, tiene efectos inflacionarios vía encarecimiento de los bienes de importación obligatoria. En tales condiciones, la inflación termina, más temprano o más tarde, por erosionar la devaluación del tipo de cambio, con lo que necesariamente las importaciones se elevan y las exportaciones declinan. De esta manera la economía regresa, nuevamente, a una situación de *equilibrio en el mercado de bienes con desequilibrio en el mercado de cambios*. Pero veamos este proceso con más detalle.

En un primer momento, como se indicó arriba, una devaluación significativa del

tipo de cambio induce la disminución de las importaciones y el aumento de las exportaciones. Como consecuencia de ello, el mercado de divisas encuentra su nivel de equilibrio. Hasta este momento, la situación parece haberse corregido, si no fuera por los efectos colaterales que tiene la devaluación del tipo de cambio.

La devaluación de la moneda introduce un nuevo nivel de equilibrio en el mercado de dinero. Es decir, el aumento de las exportaciones y la caída de las importaciones que provoca, induce un aumento de la masa monetaria MM . Como se aprecia la Gráfica VIII, el aumento de la masa monetaria desplaza la recta vertical hacia la derecha, de MM_1 a MM_2 , lo que —dada la función de demanda de dinero Dd — provoca una caída de la tasa de interés de i_1 a i_2 . Como consecuencia de esto último, la expansión crediticia propicia el aumento del producto y del empleo.

GRÁFICA VIII
AJUSTE DEL MERCADO DE DINERO



Los efectos expansionistas resultantes del aumento de la masa monetaria refuerzan el impacto positivo que sobre la demanda ejercen la elevación de las exportaciones y la disminución de las importaciones. Con ello, la devaluación parece, en este primer momento, haber tenido efectos positivos sobre la evolución de las variables económicas. El producto compatible se ha desplazado hacia la derecha a efecto de igualarse con un producto factual en expansión. Es decir, parece haberse logrado el objetivo del crecimiento sostenido.

d). El estancamiento

No obstante, *en un segundo momento la situación se invierte*. La devaluación encarece los bienes de importación y, vía compras obligatorias al exterior de artículos no producidos internamente, provoca una elevación de los costos de producción. Esta alza de costos, finalmente, se traslada a los precios, desembocando en una *inflación cambiaria* por empuje de los costos.

La inflación reduce la masa de dinero en términos reales y eleva la tasa de interés, con los subsiguientes efectos depresivos sobre el producto y el empleo.

Una vez que el producto factual ha caído al nivel inicial, ocurre una segunda reacción que lleva al producto compatible a igualarse a ese producto factual reducido, pues la inflación erosiona el margen de subvaluación de la moneda nacional, lo que eleva las importaciones y reduce las exportaciones. Con ello el círculo se cierra. La economía no creció. El déficit se corrigió, pero ello debido a la contracción del producto.

En realidad, en ausencia de datos empíricos no es posible determinar *a priori* si al final de proceso se regresa exactamente a la

situación inicial caracterizada por el equilibrio en el mercado interno con desequilibrio en el mercado externo, o si bien la contracción del producto fue de tal magnitud que ello hizo posible el equilibrio en ambos mercados. Hay argumentos para suponer que esto último es posible, pues a la contracción de la demanda inducida por la caída de las exportaciones y el aumento de las importaciones, así como por la reducción de la masa monetaria real, en la fase de contracción se suma el efecto depresivo causado por la baja de los salarios reales. Es decir, la inflación provoca casi siempre una caída de éstos, pues las luchas sindicales suelen ser poco exitosas en la recuperación de la pérdida del poder adquisitivo de los salarios provocada por el aumento de los precios.

Pero independientemente de cuál sea el resultado exacto de la fase depresiva, lo cierto es que el equilibrio en ambos mercados sí es viable, pero sólo a costa de reducir el producto factual al nivel de producto compatible, y no a la inversa. Y es esto precisamente lo que suelen hacer los encargados de la política económica en las EP a través de recortes y más recortes a las variables pertinentes. Ante la imposibilidad de aplicar con éxito las recetas neoclásicas del equilibrio general, se olvidan de la solución expansionista al desequilibrio y aplican la fácil receta contraccionista. Pero, como es bien sabido, el estancamiento agrava el desequilibrio en el mercado de trabajo.

Del análisis anterior se infiere que en las EP el *laissez-faire* no garantiza el crecimiento del producto en condiciones de equilibrio externo. En realidad, en estas economías las fuerzas de la estabilidad operan en sentido inverso, arrastrando Y^d hacia Y^c . *En las EP, el laissez-faire es estancacionista.*

Lo que conviene advertir es que las EP *pueden muy bien mantenerse en una situación estable cuando existe el equilibrio en los mercados de bienes y divisas*, pese al desequilibrio permanente en el mercado de trabajo. Y ello, gracias a la existencia del mercado de trabajo informal. Así pues, en las EP se constata, una vez más, la veracidad de la máxima keynesiana de equilibrio con desempleo.

V. Elementos fundamentales de una política económica para el crecimiento equilibrado

Dada la tendencia al desequilibrio externo, en las EP el motor del crecimiento se ubica en el comercio exterior. La expansión del producto estimulada por los demás componentes de la demanda agregada tiene efectos negativos sobre la balanza de pagos, lo que se evita con una estrategia de sustitución de importaciones y/o de promoción de exportaciones. Éstas elevan el nivel de demanda, lo que impulsa al alza el producto y el empleo, al mismo tiempo que mejoran el saldo de la balanza comercial (o por lo menos impiden su deterioro).

En el pasado, la estrategia de sustitución de importaciones mostró sus virtudes en diversos países, como Argentina, México, Brasil y Corea del Sur, entre otros. No obstante, como es bien sabido, dicha estrategia deja de ser viable en cuanto se carece de una fuente de divisas ajena al sector manufacturero, como lo fue el sector agrario hasta mediados de los años sesenta en el caso de la economía mexicana. Y ello, porque la sustitución de importaciones, además de que no genera divisas *per se*, comporta un sesgo *antiexportador* que inhibe las ven-

tas al exterior del propio sector industrial.

Por su parte, la estrategia de promoción de exportaciones también ha mostrado sus bondades, *v. g.* en los países de industrialización reciente del sudeste asiático. Sin embargo, en algunos países de América Latina dicha estrategia se ha instrumentado junto con un defectuoso proceso de liberalización comercial que ha provocado un aumento no deseado de las importaciones. En tales condiciones, *la desustitución de importaciones* ha contrarrestado los efectos positivos del aumento de las exportaciones.

En realidad, lo que se requiere es una estrategia que combine la promoción de las exportaciones con la sustitución de importaciones. ¿Cómo podría instrumentarse una estrategia tal?

En principio, parece lógico que una estrategia combinada debe basarse tanto en los principios que hicieron posible la sustitución de importaciones (el proteccionismo) como en aquellos que han hecho posible el aumento de las exportaciones (la devaluación del tipo de cambio).

No obstante, es claro que la política de devaluación del tipo de cambio, como se indicó más arriba, tiene efectos inflacionarios que, finalmente, terminan por erosionar sus efectos positivos sobre el comercio exterior. Por su parte, el proteccionismo, como decíamos, tiene un sesgo *antiexportador* que impide la generación de divisas y, por esta vía, pone un límite a la expansión del producto y del empleo.

En realidad, lo que se requiere es diseñar una estrategia que recoja los elementos positivos de ambas políticas y neutralice sus efectos negativos.

En este sentido, lo que se requiere es el establecimiento de un sistema de estímulos

diferenciales para cada industria, según su grado de desarrollo, como ocurría en el caso de la protección comercial. No obstante, a efecto de evitar el sesgo antiexportador, tal sistema de estímulos no debe basarse en el empleo de controles comerciales (aranceles *ad valorem* y cuotas de importación), sino en la manipulación del tipo de cambio, que es la política aplicada para promover las ventas al exterior.

En suma, lo que se recomienda es el establecimiento de un sistema de tipos de cambio múltiple que se adapte a los diferentes niveles de productividad de las distintas ramas económicas, a efecto de homogeneizar y aumentar su grado de competitividad. Es decir, se sugiere que la devaluación del

tipo de cambio conceda un tratamiento distinto a cada producto según su grado de desarrollo o competitividad internacional. Con ello, se lograría obviar la heterogeneidad estructural que caracteriza a las EP y, además, se evitaría que la devaluación abarcara los bienes de importación obligatoria, lo que impediría que las devaluaciones desencadenaran procesos inflacionarios que reviertan sus efectos plausibles [Sosa, 1992].

Un sistema de estímulos como el que se propone sería capaz de elevar la competitividad de la industria nacional, de tal manera que se hiciera posible tanto el desplazamiento de los bienes provenientes del exterior en el mercado interno (sustitución de importaciones) como el aumento de las ventas al exterior.

REFERENCIAS

- Benassy, Jan Pascal (1986), *Macroeconomics: An Introduction to the Non-Walrasian Approach*, San Diego, California, Academic Press Inc.
- Clower, Robert W. (1965), "The Keynesian Counterrevolutions: A Theoretical Appraisal", en *The Theory of the Interest Rates*, Londres, Mcmillan and Co.
- Diamand, Marcelo (1973), *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia*, Argentina, Paidós.
- Hirschman O, Albert (1985), "Auge y declinación de la economía del desarrollo", en Mark Gersovitz, et al., *Teoría y experiencia del desarrollo económico*, México, F.C.E.
- Kalecki, Michel
- (1983a), "Las ecuaciones marxistas de reproducción y la economía moderna", *Investigación Económica*, Núm. 166, Octubre-Diciembre.
- (1983b), "Teorías del crecimiento en diferentes sistemas sociales", *Investigación Económica*, Núm. 166, Octubre-Diciembre.
- Keynes, J. Maynard (1936), *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*.
- Leijonhufvud, A. (1966), *On Keynesian Economics and the Economics of Keynes*.
- Lewis, W. Arthur (1954), "Economic Development with Unlimited Supplies of Labour", Manchester School of Economic and Social Studies, XXIII, Núm. 2, mayo.
- Patinkin, Don (1965), *Money, Interest and Prices*, Nueva York, Harper & Row.
- Rodríguez, Octavio (1993), *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, México, Siglo XXI Editores.
- Sosa Barajas, Sergio W.
- (1992), *Crecimiento económico y sustitución de importaciones en México*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.
- (2001), *Modelos macroeconómicos. De los "clásicos" a la macroeconomía de las economías periféricas*, México Ed. Tlaxcallan.